

DE LA VIOLENCIA A LA RECONCILIACIÓN. APORTACIÓN DE IGNACIO ELLACURÍA A LOS PROCESOS DE PAZ

José Sols Lucía

Sumario: Ignacio Ellacuría SJ (1930-1989), rector de la Universidad Centroamericana (UCA) de El Salvador de 1979 a 1989, mostró en plena guerra civil salvadoreña que se produce una polarización en este tipo de conflictos que hay que superar con la tercera fuerza social y con el inicio de un proceso de paz, en el cual destacan mediadores como la universidad, la Iglesia, grupos internacionales de apoyo y grupos simbólicos de reconciliación. Conviene analizar las causas profundas del conflicto, estructurales en el caso salvadoreño, que es lo único que nos da cierta garantía de que el conflicto no rebrotará cíclicamente una y otra vez.

Summary: Ignacio Ellacuría SJ (1930-1989), President of the Central American University (UCA) of El Salvador from 1979 to 1989, explained in the middle of the Salvadoran civil war that there is a polarization in this kind of conflicts that it is necessary to overcome with a third social forth and with the start of a peace process, in which peacemakers like the University, the Church, the international support groups, and symbolic groups of reconciliation are key. It is important to analyze deep causes of the conflict (structural in the Salvadoran case), in order to avoid that the conflict be born once and again.

Palabras clave: Ellacuría. Reconciliación. Violencia. Conflicto. Proceso de Paz.

Key words: Ignacio Ellacuría. Reconciliation. Violence. Conflict. Peace Process.

Fecha de recepción: 8 junio de 2016

Fecha de aceptación y versión final: 17 de julio 2016

1. Introducción

El jesuita filósofo y teólogo Ignacio Ellacuría (1930-1989), rector de la Universidad Centroamericana (UCA) José Simeón Cañas de San Salvador (El Salvador) de 1979 a 1989, año en el que fue asesinado por el ejército salvadoreño junto a cinco compañeros jesuitas de su comunidad y dos mujeres del servicio doméstico, realizó aportaciones muy interesantes al tema de la reconciliación política tras un período de

revolución y guerra civil.¹ A él le gustaba decir que la auténtica teoría es un momento de la praxis, aquel en el que intentamos entender la realidad y la praxis necesaria para transformarla. Fiel a esta posición, Ellacuría presentó sus abundantes aportaciones teóricas acerca de los procesos de paz en plena guerra civil de El Salvador, un conflicto nacional con extensiones regionales e internacionales que duraría de 1981 a 1991, y lo hizo para intentar traer la paz al país, no una paz cualquiera, sino una paz justa.

2. Polarización de los conflictos

Ellacuría muestra que los conflictos violentos en general, y los bélicos en particular, tienen una fuerte tendencia a la polarización. Los matices de la complejidad de la realidad política desaparecen con la llegada de la violencia: “o estás con nosotros o estás contra nosotros”. En cualquier debate político puede haber varias posturas: A, B, C, D, E... Con la polarización del conflicto, los de A afirman que la suya es la única válida y escogen a una de las otras, la peor, B, y la alimentan con sus críticas. Afirman que solo hay A o B, o mejor dicho, A o no-A. Ante una polarización tan acentuada, y para no recibir agresiones de ambos polos, C, D, E, se posicionan a favor o en contra de A, o simplemente se diluyen.² Esto pasa en guerras civiles (España, 1936-1939; El Salvador, 1981-1991), en procesos revolucionarios (Rusia, 1917; China, 1949; Cuba, 1959) y en conflictos nacionalistas (Cataluña, 2012-hoy). Ellacuría muestra que esta polarización es falaz. La realidad es mucho más compleja.

“Los grandes problemas nacionales desbordan las competencias y las posibilidades de unos y de otros [los que están a favor del gobierno y los que están a favor de la revolución]. Una interpretación que dividiera toda la realidad política del país entre la parte gubernamental y la parte revolucionaria, fuese la que fuese la cuota de legalidad y de poder distinta que se atribuyera a cada una de ellas, desfiguraría esa realidad”.³

Desfigurar la realidad es lo que provoca la polarización de discursos, y con ello se hace más problemático el análisis de esa realidad.

¹ Cf. J. Sols, *La teología histórica de Ignacio Ellacuría*, Trotta, Madrid 1999; Id., *Cien años de violencia*, IMDOSOC, Ciudad de México 2008; Id., “El pensamiento de Ellacuría en torno a la reconciliación”, en Forum Deusto (ed.), *¿Hacia una nueva era?*, Publicaciones de la Universidad de Deusto, Bilbao 2011, 41-98; J. Sols – J. C. Pérez Fernández, “El pensamiento de Ignacio Ellacuría acerca de procesos históricos de reconciliación política. Análisis de siete conceptos: conflicto, violencia, causa, diálogo, pacificación, paz, reconciliación”: *Pensamiento* 251 (2011) 103-124; J. Sols, “The Anthropological Function of Dialogue in Political Reconciliation Processes. Ethical Analysis of Ignacio Ellacuría’s Thought on the 25th Anniversary of his Death (1989-2014)”: *Ramon Llull Journal of Applied Ethics* 5 (2014) 125-141.

² Cf. J. Sols, “Nuevos agentes en la vida política”, en C. Cruz Ayuso y J. Martínez Contreras (eds.), *Crisis de la democracia*, San Esteban, Salamanca 2010, 207-211.

³ I. Ellacuría, “El aporte del diálogo al problema nacional”, en Id., *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)*. *Escritos políticos*, UCA Editores, San Salvador (El Salvador), vol. III, segunda edición, 1993, 1.356. A partir de ahora: EE.PP.

La ideologización de los discursos contribuye enormemente a esta polarización. En los conflictos bélicos todo tiende a quedar supeditado a las dos grandes ideologías enfrentadas, y parece que no pueda haber pensamiento político, ni económico, ni social, fuera de esa línea que va de A a no-A. Solo hay una línea ideológica, con dos extremos, y todos los temas se sitúan en esa línea, quizás más hacia uno, quizás más hacia el otro, pero nunca fuera de ella. Ellacuría entendía por ideologización la ocultación de una ideología tras un discurso simplista y del agrado de ciertos grupos sociales. En el discurso revolucionario, todos los males se atribuyen a las élites, a los burgueses, a los ricos, a los imperialistas; por su parte, en el discurso conservador, todos los males son culpa de los comunistas, los antisistema, los anarquistas, los violentos. En el discurso independentista, por ejemplo, el catalán, se afirma que Madrid nos roba o que España lleva tres siglos expoliándonos. Es sorprendente la facilidad con la que estos mensajes simples y falaces calan en el imaginario colectivo, incluyendo a buen número de intelectuales.

3. Deseo compartido de alcanzar la paz

Resulta difícil salir de un conflicto bélico, revolucionario, violento, si no hay un mínimo deseo de alcanzar la paz. Cuando se da ese deseo, por pequeño que sea, existe la posibilidad de caminar hacia la resolución del conflicto; en cambio, cuando no se da, resulta muy complicado. Lo hemos visto con ETA durante más de treinta años de violencia en un país donde había plenas libertades democráticas. Solo ha cesado la violencia cuando los miembros de ETA se han cansado de disparar y de vivir huyendo de la justicia. De nada sirvió saber que podían presentar sus propuestas políticas de manera democrática. Solo el deseo de estar en paz, de tener un hogar normal con pareja e hijos, les movió a dejar de disparar.

Por ello, Ellacuría afirma que en una guerra civil como la salvadoreña (por lo demás, nada que ver con la violencia de ETA) conviene analizar el horizonte político de los dos bandos en conflicto e intentar encontrar puntos comunes, por difícil que esto pueda parecer: por ejemplo, el progreso del país, el crecimiento económico, la paz en las calles, en definitiva, algo que deseen ambos bandos. Ellacuría se puso manos a la obra en 1984, por lo que intentó encontrar elementos comunes entre el gobierno salvadoreño (que controlaba el ejército nacional y era aliado de la oligarquía del país y de la Administración Reagan) y la guerrilla revolucionaria, el FMLN. Se sorprendió de los muchos puntos en común que encontró:

“Hay coincidencia, al menos en principio y en abstracto, sobre los objetivos últimos que se deben perseguir: la implantación de un orden justo con libertad, donde las mayorías populares alcancen a disfrutar tanto un estado satisfactorio de justicia social como de libertades políticas”.⁴

⁴ Id., “Las primeras vicisitudes del diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR”, EE.PP., 1.314.

Ahora bien, Ellacuría sabía que para llegar a ese horizonte era necesario atravesar territorios en los que unos y otros, por distintas razones, no querían entrar:

“La justicia social no podrá alcanzarse sin profundas y cada vez mayores reformas estructurales —y en esto se apartan ambas posiciones de la solución de la extrema derecha—, y la libertad política sólo será alcanzable por una democracia real, de la cual hayan desaparecido el abuso de poderosos grupos minoritarios, que amparados en la fuerza de las armas y en la militarización de la vida política, han vaciado a la democracia de todo sentido popular para convertirla en un caparazón formal, donde el capitalismo reina a su antojo”.⁵

Cuando en 1988 quiso analizar de nuevo aquello que tenían en común los proyectos del gobierno y de la guerrilla, de nuevo se sorprendió por las coincidencias:⁶

1/ “la convicción de la gravedad de la situación, que necesitaría un esfuerzo nuevo para llegar cuanto antes a su superación”;

2/ “independientemente del análisis de causas y efectos, se acrecienta la necesidad sentida de encontrar cuanto antes la paz”;

3/ “ninguno de los partidos políticos propone buscar la paz por el acrecentamiento de la violencia y de la guerra”;

4/ “sin dejar de lado totalmente la presencia de lo militar y la vía de las elecciones, se pone más acento que nunca en el diálogo y la negociación”;

5/ “ha ido cambiando el modo de entender el diálogo y la negociación. Antes se proponía predominantemente como cuestión entre las cúpulas de las dos partes en conflicto. Hoy se propone por casi todos en forma mucho más amplia. Debe haber un diálogo nacional, aunque se entienda éste de formas diversas”;

6/ “la negociación tiene un carácter relativamente abierto”;

7/ “se acepta comúnmente que el marco de Esquipulas dos⁷ puede tomarse como marco de referencia para la pacificación regional y nacional”;

y 8/ “los partidos parecen estar bastante de acuerdo con gran parte de las conclusiones a las cuales llegó el debate nacional organizado por la Iglesia”.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Id.*, “Los partidos políticos y la finalización de la guerra”, EE.PP., 1.460-1.463.

⁷ Ellacuría se refiere aquí a la ronda negociadora conocida como *Esquipulas II*. *Esquipulas I* (mayo de 1986) y *Esquipulas II* (agosto de 1987) fueron diálogos celebrados en esta población guatemalteca para lograr la paz en la región centroamericana.

Esto que le ocurrió a Ellacuría durante la guerra civil salvadoreña le sucede a no pocos analistas y observadores de conflictos nacionales e internacionales: escuchan a las diferentes partes y se dan cuenta de que tienen mucho más en común de lo que ellas mismas reconocen.

4. Papel de los mediadores

Cuando esto ocurre, cuando se atisba que las dos partes en conflicto tienen más en común de lo que ellas creen, el papel de los mediadores resulta crucial. Mediador no es aquel que no forma parte ni de A ni de no-A, sino aquel que tiene algo de ambos, y por ello es escuchado por los dos bandos en conflicto. Ellacuría detectó varios buenos mediadores para el conflicto salvadoreño:

1/ la universidad, en particular, la UCA, de la cual él era el Rector;

2/ la Iglesia Católica,

y 3/ los mediadores internacionales, en particular, el Grupo de Contadora (los presidentes de Colombia, México, Panamá y Venezuela, que en los años 80 aportaron cierta estabilidad a la región de Centroamérica y el Caribe);

y nosotros añadimos aquí 4/ los grupos simbólicos de reconciliación.

Los mediadores tienen la función de permitir que la palabra regrese allí de donde había sido expulsada. A y no-A son incapaces de dialogar, incluso de reconocerse mutuamente como sujetos históricos. No se hablan porque cada uno está convencido de tener toda la verdad, y cada uno afirma que el discurso del otro solo contiene mentiras. Según ellos, no sirve de nada dialogar: solamente sirve para permitir que el otro hable y para que parezca que tiene algo de verdad que aportar. En el conflicto bélico, revolucionario, violento, no solo se matan personas: también se mata la palabra.

El mediador recupera esa palabra muerta. Habla con unos, habla con otros, escucha a los dos lados del conflicto, y va atisbando poco a poco una cierta utopía común presente en ambos bandos. Cuando la ve, se la formula a unos y a otros con la intención de llegar a un acuerdo histórico.

La universidad es una institución apta para hacer de mediadora. No debería tomar partido por unos contra otros, sino intentar profundizar en las causas históricas del conflicto, analizar el discurso de unos y otros, y tratar de ofrecer un horizonte común para ambos.

“La forma específica con que la universidad debe ponerse al servicio inmediato de todos es dirigiendo su atención, sus esfuerzos y su funcionamiento universitario al estudio de aquellas estructuras que, por ser estructuras,

condicionan para bien o para mal la vida de todos los ciudadanos. Debe analizarlas críticamente, debe contribuir universitariamente a la denuncia y destrucción de las injusticias, debe crear modelos nuevos para que la sociedad y el Estado puedan ponerlas en marcha”.⁸

Y cada universidad deberá asumir la responsabilidad de su propio contexto social, político, económico, en definitiva, histórico, y por ello Ellacuría afirmó que la UCA “desea buscar soluciones centroamericanas para los problemas centroamericanos”.⁹

En un país de tradición católica, la Iglesia puede tener un papel mediador importante. Fue el caso de El Salvador, del País Vasco, de Chile o de Irlanda del Norte (conjuntamente con la Iglesia Anglicana), entre otros. Aprovechando la visita del papa Juan Pablo II a Centroamérica y el Caribe, Ellacuría tomó algunos de los argumentos del pontífice en favor de la paz y la reconciliación:

“El Papa insiste en que el problema de El Salvador tiene una dimensión política, pero tiene sobre todo una dimensión ética; insiste en que la Iglesia está a favor del hombre, en toda su integridad y dignidad, de modo que aguarda y alimenta los verdaderos valores humanos; insiste en que, tratándose de una acción predominantemente cristiana, la Iglesia debe constituirse en fuerza moral ante una crisis que tiene fuerte relevancia moral. La razón última de todo ello es que la libertad y la dignidad de la persona humana se fundan sobre el doble aspecto del amor, el amor hacia Dios y hacia los hermanos”.¹⁰

No tendría sentido que la Iglesia entrara en el debate político como si de un partido más se tratase, pero sí lo tiene que entre en el debate moral, incluyendo en él a la ética social con sus ramificaciones de ética económica y de ética política. Si la dignidad de la persona humana está amenazada, entonces la Iglesia tiene obligación moral de intervenir y de proponer caminos que lleven hacia un respeto de los derechos humanos.

Los mediadores internacionales pueden tener un papel igualmente importante. Son países, gobiernos, que por razones históricas poseen ascendencia sobre las dos partes en conflicto. Como hemos dicho, en el caso de El Salvador esta mediación recayó en el Grupo de Contadora. Si son varios países, y no solo uno, su autoridad aún es mayor, si cabe. Este grupo de países escucha a los representantes de ambas partes en conflicto, intenta buscar zonas comunes de encuentro, y cuando ve que el acuerdo es posible,

⁸ I. ELLACURÍA, “Discurso de la Universidad Centroamericana ‘José Simeón Cañas’ en la firma del contrato con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)”, en ID., *Escritos universitarios*, UCA Ed., San Salvador (El Salvador) 1999, 22.

⁹ *Ibid.*, 20.

¹⁰ ID., “Juan Pablo II y el conflicto salvadoreño”, en ID., *Escritos teológicos*, UCA Editores, San Salvador (El Salvador), vol. III, 2002, 21.

reúne en torno a una mesa a representantes de unos y de otros para que negocien un acuerdo. Cuando se llega a ese acuerdo, se prepara entonces el acto público solemne, en presencia de representantes de varios países y de Naciones Unidas. Fue el caso de los Acuerdos de Paz de El Salvador, firmados en el castillo de Chapultepec, México, el 16 de enero de 1992. Ellacuría, lamentablemente, no llegó a verlo.

En un nivel mucho más modesto que el de la universidad, la Iglesia o los mediadores internacionales, tenemos a los grupos simbólicos de reconciliación. Por muy importante que sea, el diálogo en la cumbre carece de sentido si no tiene base social. Hay que promover el diálogo en todos los ámbitos de lo social, lo que Ellacuría denominaba unas veces estado de diálogo —en oposición al estado de guerra— y otras, diálogo nacional. En países con graves conflictos violentos encontramos pequeñas comunidades que fomentan el diálogo, la oración compartida, el arte, aunando a personas de uno y otro bando. Es el caso de los grupos de oración ecuménica de Belfast en los años 80 y 90, o el West-Eastern Divan (el Diván de Oriente y Occidente),¹¹ orquesta de jóvenes músicos árabes y judíos, acompañados por músicos españoles, fundada por el director Daniel Barenboim y el intelectual palestino Edward Said, con sede en Sevilla. Este tipo de grupos tienen la componente profética de toda buena utopía: anticipan el futuro que algún día llegará.

5. Reconocimiento del otro como sujeto

Hemos dicho que el diálogo a veces parece imposible porque una parte ni siquiera reconoce a la otra como sujeto histórico. No hay nada que negociar con ellos, dicen, ni siquiera nada que dialogar. Ellacuría defendió que dialogar nunca es delito y nunca es inmoral. Dialogar significa reconocer que el otro existe, no que el otro tenga razón. En los enfrentamientos bélicos, sean de guerra civil o de revolución, cada parte se atribuye toda la verdad y no acepta que la otra tenga ni pizca de razón. Dialogar con la otra parte supone darle en algún momento la palabra, lo cual podría mostrar que esa parte quizás sí tiene algo de razón, o incluso mucha. Por ello los extremos suelen defender la idea de que dialogar con el enemigo es un grave error, porque supone insuflarle oxígeno. Nada más lejos de la verdad. Dialogar con el otro significa reconocer que existe, que es un hermano, que tiene algo que decir y que debemos escucharlo. No olvidemos que cuanto más hable la otra parte, menos razones tendrá para matar. Ellacuría celebraba así el diálogo emprendido, no sin dificultades, en 1984:

“El diálogo anunciado en las Naciones Unidas por el presidente Duarte, iniciado en La Palma y paralizado en Ayagualo, ha representado una novedad en el enfrentamiento civil salvadoreño. Hasta que Duarte tuvo la audacia de proponerlo o de aceptarlo era prácticamente un delito y un peligro de muerte hablar de él; después de su propuesta ya no lo es. Y esto implica un avance importante, cuyas consecuencias hay que tener muy en

¹¹ Título tomado de una obra poética de Goethe.

cuenta, sobre todo después de reabrir su discusión tras el resultado de las elecciones y tras el viaje del presidente a Estados Unidos”.¹²

Los bandos en conflicto pueden llegar a matar a quien hable de diálogo, ya que este se considera un grave error e incluso alta traición. Una vez que se acepta el diálogo, el peligro de ser agredido por promoverlo se reduce, aunque no del todo, tal como vimos en el asesinato de Ignacio Ellacuría y de sus compañeros jesuitas de la UCA, el 19 de noviembre de 1989.

Cuando se llega a reconocer al otro, al enemigo, como sujeto, entonces ya se ha logrado mucho; de hecho, se ha logrado lo más difícil. Al reconocer al otro como sujeto histórico, se acepta implícitamente que tiene algo que decir, algo que aportar a la historia. Para saber qué es, habrá que escuchar, y para escuchar habrá que sentarse a la mesa. Ya estamos en el inicio del proceso de pacificación.

6. El proceso de pacificación, anterior a la paz

Hemos dicho proceso de pacificación, y no proceso de paz, aun cuando en el título de este estudio sale la expresión procesos de paz. No ha sido un error. Ellacuría solía decir que la pacificación es anterior a la paz. A la paz no se llega de pronto, fruto de una firma estampada en un documento, sino como fruto de un largo proceso de pacificación. En este proceso lo importante no es tanto el dónde estamos, pregunta que suele producir desesperación, sino el en qué dirección vamos. Lo importante son los dinamismos históricos, los procesos. Ellacuría decía que “lo que se abre con el diálogo es un proceso, y en un proceso lo importante no son las metas alcanzadas de inmediato, sino los dinamismos que van a predominar en él”;¹³ “el objetivo principal y último del diálogo es alcanzar cuanto antes un verdadero proceso de pacificación que posibilite la superación de los males estructurales que dieron paso al enfrentamiento y a la guerra”.¹⁴

El proceso de pacificación prepara la futura paz, crea las condiciones para que esta llegue. A un bebé no le damos un filete de ternera, sino que lo alimentamos de tal modo que, pasados los años, ya niño, será capaz de comer todo tipo de alimentos. Lo mismo pasa con la paz en una sociedad sumida en la violencia. Todos deseáramos que la paz llegase de la noche a la mañana, pero eso es imposible: lo que hay que hacer es crear las condiciones para que la paz acabe llegando.

Suele ocurrir durante el proceso de pacificación que muchas voces lo critican por inútil. Argumentan mostrando lo lejos que estamos todavía de la paz, y es verdad, estamos lejos, pero también es cierto que nos dirigimos a ella. Por ello hay que celebrar cada

¹² I. ELLACURÍA, “El diálogo del gobierno con el FMLN-FDR: un proceso paralizado”, EE.PP., 1.367.

¹³ ID., “Las primeras vicisitudes...”, *op. cit.*, 1.322.

¹⁴ ID., “El aporte del diálogo al problema nacional”, *op. cit.*, 1.347.

paso como si fuera muy importante, o mejor aún, precisamente porque es muy importante. Y no hay que desanimarse ante los fracasos (ruptura de negociaciones, rebrote de la violencia, violación del alto el fuego, etc.) porque forman parte del proceso, del mismo modo que un niño se cae varias veces antes de llegar a caminar con seguridad. Acerca de los problemas que aparecían en el proceso de pacificación, Ellacuría afirmaba que

“no obstante todas estas dificultades y limitaciones, hay que reconocer también sus enormes posibilidades, y con ellas, el avance que puede suponer. El diálogo es algo nuevo en la situación conflictiva del país, es un favor nuevo que, bien trabajado, puede avanzar el proceso que nos lleva más cerca de las verdaderas soluciones”.¹⁵

7. Incorporar la tercera fuerza

Sería un error convocar a los diálogos de paz solo a A y no-A, esto es, en el caso salvadoreño, a representantes del gobierno y de la guerrilla. Recordemos que al inicio de nuestro estudio hemos dicho que en los posicionamientos políticos tenemos A, B, C, D, E... y que la polarización lleva a reducir el debate político a A y no-A. No hay que caer en la trampa de pensar que A y no-A representan a la totalidad, ni siquiera a la mayoría, de la población, porque no es así. Los extremos hacen mucho ruido, y parece que sean mayoritarios, y solo por miedo a la desprotección atraen poco a poco a muchos a su cobijo, pero la realidad es plural. En los diálogos de paz también han de estar representados C, D y E, y no sólo A y B. Esto es lo que Ellacuría llamaba tercera fuerza social. En 1984 escribía: “Hay muchos sectores salvadoreños que no se sienten plenamente representados ni por una fuerza ni por otra y hay temas de gran envergadura que no tienen por qué ser decididos por ambas tan sólo”.¹⁶ Dos años más tarde, en 1986, volvía sobre este punto:

“los partidos políticos han hecho todavía muy poco en favor del diálogo. Más aún, hasta tiempos recientes han tenido miedo de abordarlo,¹⁷ no porque el pueblo no lo reclamara, sino porque temían la represalia y el castigo de los pocos, pero muy poderosos, que se oponían a él. Han tenido que ser los representantes de la tercera fuerza social quienes han tomado la iniciativa del diálogo y se han convertido en los canales operativos de esa gran demanda popular. Han sido los sindicatos, las cooperativas, las organizaciones humanitarias, las iglesias, las universidades, los gremios, etc., los que más han luchado por hacer del diálogo un problema nacional, y situar a todo el país en estado de diálogo”.¹⁸

¹⁵ *Ibid.*, 1.342.

¹⁶ *Ibid.*, 1.355.

¹⁷ El texto dice erróneamente *abandonarlo*.

¹⁸ ELLACURÍA, I.: “El Salvador en estado de diálogo”, EE.PP., 1.419.

En los conflictos polarizados la solución llega a menudo por la tercera fuerza social, aquella que A y B niegan que exista, porque para ellos todo es A o no-A. Esta tercera fuerza social suele recibir golpes de unos y otros, pero es importante porque suele ser la primera en buscar la paz, aquella paz a la que, tras un largo y agotador proceso de pacificación, A y B acaban accediendo.

8. Análisis de las causas profundas del conflicto

No conviene postergar demasiado el análisis de las causas profundas del conflicto. Da pereza hacerlo —lo que Ellacuría denominaba pereza intelectual— porque requiere mucho tiempo de estudio sin que a la corta se vean resultados brillantes. El tema de la causalidad en la historia es complejo. Lo analizó muy bien el historiador Edward Carr en su ciclo de conferencias *¿Qué es la historia?*¹⁹ Solemos apuntarnos a las causas fáciles de entender y evitamos las profundas y complejas. En el caso de El Salvador, en los años 60, 70 y 80 del siglo pasado, podríamos afirmar con cierta simplicidad que las causas del conflicto se debían a un incremento de los grupos de izquierda, dispuestos a pedir cambios de fondo, y al rechazo de este proyecto por parte de una oligarquía nacional aliada con el ejército y con la Administración Reagan. Sin embargo, para entender el problema de El Salvador habría que sumergirse en el análisis de las estructuras socioeconómicas poscoloniales, de la propiedad rural, de la economía orientada al comercio exterior (lo que hoy denominamos Globalización), principalmente la producción de café, de la Guerra Fría y de la política exterior norteamericana defensora de los intereses de las multinacionales nacidas en su país. Dos grandes antinomias geopolíticas mundiales se enfrentaban en El Salvador: el Occidente capitalista contra el Este comunista (Guerra fría, Cuba, Nicaragua) y el Norte rico contra el Sur emergente (procesos poscoloniales). Se trataba de dos procesos históricos gigantescos que confluyeron en el Pulgarcito de Centroamérica, El Salvador, un país demasiado pequeño como para asumir tamaña responsabilidad histórica.

Ellacuría, aun cuando, como buen hombre de paz que era, deseaba que la paz llegara cuanto antes, sabía que no había que precipitarse y que no había que llegar de cualquier modo a la paz, esto es, sin haber analizado las causas profundas del conflicto, dado que una mala resolución del conflicto sería la semilla de futuros conflictos de igual o mayor magnitud. Un conflicto hay que analizarlo y resolverlo bien, nunca a medias.

“No se trata con ello de terminar con la guerra de cualquier modo. No se puede terminar con la guerra más que cuando haya la seguridad razonable de que no volverán a darse las condiciones que la hicieron estallar. Esto no implica que deba esperarse a superar los males y las injusticias estructurales que secularmente han crucificado al país, pues tal tarea es de todos y por mucho tiempo. Implica tan sólo que se asegure una situación

¹⁹ E. CARR, *What is history?*, Cambridge University Press, Cambridge 1961. En español: Id., *¿Qué es la historia?*, Ariel, Barcelona 2010.

global y una correlación de fuerzas que impulsen el proceso justo para conseguirla de una forma eficaz, lo cual exige, sin duda, la presencia activa en el proceso de quienes más han hecho por cambiar las cosas. El fin de las hostilidades sin garantías suficientes no traería la pacificación y, menos aún, una paz justa y consolidada. Las mismas causas y los mismos agentes producirán antes o después los mismos efectos, si en lo fundamental las mismas circunstancias siguen igual. Desde otro punto de vista sería una vergüenza nacional que hubiera sido en vano tanta sangre derramada y tanto trabajo realizado, y lo sería, si no se lograra un avance sustancial hacia un nuevo orden social, no estructurado según los intereses de las minorías, sino según las necesidades y la voluntad de las mayorías”.²⁰

9. Tras el conflicto, la paz justa

Por ello es fundamental que tras el conflicto llegue una paz justa, y no solo una paz entendida como silencio de los fusiles. Si las causas históricas del conflicto estuvieron en el orden de las estructuras socioeconómicas, la solución solo puede llegar en ese mismo orden, y no por un simple acuerdo firmado con solemnidad en un palacio. Hay que transformar las estructuras, acabar con aquellas que producían una insultante desigualdad, y poner otras que traigan desarrollo humano, derechos humanos, democracia, formación de calidad para toda la población, economía orientada principalmente al autoconsumo y solo después al mercado global. No se trata de sustituir el capitalismo por el socialismo, dado que el socialismo ya mostró en la Europa del Este y en China que tiene también importantes problemas estructurales. Se trata de reconstruir el país pensando en toda la población, y no solo en una minoría de afortunados.

Lamentablemente, en el caso de El Salvador, esto no se hizo. Con la paz llegó el final de la violencia política que, durante la guerra civil se cobró 75.000 muertos en unos once años, o sea, un promedio de casi 7.000 al año, con puntas de 15.000 en los años más crudos del conflicto (1981-1984). Hoy, sin guerra civil ni revolución, hay en El Salvador unos 6.600 asesinatos al año, o sea prácticamente los mismos que durante la guerra civil. Y esto es así porque los problemas estructurales no se resolvieron, sino que se dejaron intactos. La violencia revolucionaria y militar pasó el relevo a la violencia de las maras (bandas de delinquentes de extremada violencia), pero el problema de fondo siguió, y sigue, siendo el mismo: muchos jóvenes no están motivados para trabajar honradamente porque entienden que en el actual sistema el trabajo honrado no les va a dar para vivir; prefieren arrojarse en los brazos del tráfico de drogas y de la delincuencia de las maras.

De ahí la importancia de alcanzar una paz justa, esto es, una paz con justicia, un silencio de los fusiles que vaya acompañado de estructuras que respeten la dignidad humana de todos; un trabajo que todavía está por hacer, no solo en Centroamérica, sino también en otras muchas regiones del mundo.

²⁰ I. ELLACURÍA, “El aporte del diálogo...”, *op. cit.*, 1.349.

¿Acaba aquí el proceso de paz? Suponiendo que se llegase a una paz estructuralmente justa, que no es el caso de El Salvador, como hemos visto, ¿sería este el final? Lamentablemente no. Empieza entonces el problema de la convivencia de aquellos que durante años se habían estado matando. ¿Pueden sentarse en la misma terraza de un bar de Bilbao la hermana de un asesinado por ETA y un etarra salido de la cárcel, tomándose cada uno su caña de cerveza como si nada hubiera pasado? ¿Puede una mujer torturada y reiteradamente violada en los calabozos de un centro de detención durante la dictadura chilena ir, años después, al mismo concierto de música clásica al que va uno de los que la violó, que, por lo demás, no ha sido nunca juzgado?²¹ Tras el conflicto, no basta con alcanzar la paz: hay que recuperar también la palabra.

10. La recuperación de la palabra

Más arriba hemos dicho que en los conflictos bélicos no solo se matan personas, sino también la palabra. El relato es fundamental en los conflictos, porque es lo que justifica cada posición. Por ejemplo, el independentismo catalán tiene un relato que concluye con la imperiosa necesidad de proclamar la república catalana; ETA tenía un relato que le llevaba a tomar las armas, a pesar de gozar de libertades democráticas; el gobierno salvadoreño y el FMLN tenían relatos completamente opuestos que justificaban sus respectivas posiciones y su uso de la violencia. El relato es un arma más poderosa que cualquier fusil. Por ello, en los conflictos bélicos no solo se atenta contra las personas, sino también contra el relato. Con ello, la víctima de la violencia sufre una doble agresión: a su persona y a su verdad. Durante la dictadura argentina, a la madre de cualquier desaparecido no solo le asesinaron al hijo, sino que además le dijeron que su hijo nunca había sido detenido, y que seguramente estaba en el extranjero pasándose en grande: el hijo muerto y la verdad igualmente muerta.

Por ello, una vez firmada la paz, hay que dar la palabra a las víctimas. Si las ha habido en los dos bandos, entonces hay que darla a las víctimas de uno y otro bando, y a poder ser juntas, mirándose a los ojos. En la vida nada une más que compartir el sufrimiento. Y hay que intentar también que los verdugos escuchen a sus víctimas, o a los familiares de las víctimas difuntas, también mirán道les a los ojos. Así lo expuse en Bilbao, en 2009, con ocasión del XX aniversario de la muerte de Ignacio Ellacuría y sus compañeros jesuitas:

“Las víctimas han de poder contar su historia, y han de poder hacerlo extensamente. Hay que dar la palabra a las madres de los muertos, a las esposas de los presos, a los hijos de los desaparecidos. Hay que dar la palabra a los presos, a los lisiados de por vida. Y hay que escucharles con mucha atención y con un gran respeto. Es lo que se hizo en las “Comisiones de la Verdad y de la Reconciliación” (“Truth and Reconciliation Commis-

²¹ Cf. La película *La muerte y la doncella*, de Roman Polanski, basada en la obra de teatro homónima de Ariel Dorfman.

sions”) de Sudáfrica,²² tras una larga historia de apartheid y de violencia racial. El relato no devuelve el hijo muerto a la vida, pero hace que la verdad aflore. La verdad de lo ocurrido. En aquellas comisiones se ponía frente a frente a los que habían disparado y a los familiares de las víctimas, y ambos grupos tenían que escucharse mutuamente durante horas. Todo esto está muy bien expuesto en el libro de Teresa Godwin Phelps, *Shattered Voices*.²³ Phelps explica que el hecho de dar la posibilidad a las víctimas de explicar la agresión sufrida es una forma de justicia, es la denominada justicia narrativa, ‘una justicia —tomo las palabras de un curso impartido por el teólogo suizo, Mathias Nebel, analista de Phelps, en el IQS, Barcelona— que no es retributiva, sino restitutiva’.²⁴ Así, por ejemplo, la mujer cuyo marido ha sido asesinado durante una dictadura no puede recibir justicia retributiva alguna, ya que ninguna sentencia, por justa que sea, le devolverá la vida del marido, ni le quitará los años de dolor sin él. Sin embargo, al tener en cuenta que las dictaduras suelen acompañar sus brutalidades con relatos basados en mentiras, a la mujer en cuestión le resulta liberador poder explicar en público la historia de la muerte de su marido y su propia historia de dolor. Se le devuelve a ella el relato verdadero. Si lo más grave de una dictadura, de cualquier violencia, es el secuestro del lenguaje, mediante el cual el torturador inyecta en el torturado un nuevo lenguaje, basado en la mentira, lo más grande que se puede lograr es precisamente dar al torturado la posibilidad de recuperar su lenguaje, basado en la verdad. Como dice Mathias Nebel, ‘la narración de la víctima recompone, reunifica, de manera sacramental, la identidad quebrada, lo cual se expresa muy bien con el verbo inglés to remember, que tiene el sentido de recordar y al mismo tiempo tiene también el sentido de recordar’. Por su parte, Robert J. Schreiter sostiene que la superación del sufrimiento que tiene como origen la agresión violenta ‘exige el desenmascaramiento de los falsos relatos que se abren camino en el interior de nuestra conciencia, individual y colectiva, sirviéndose de nuestra necesidad de sentirnos seguros y afirmados en nuestro ser. Sólo el descubrimiento y la aceptación de un relato liberador podrán redimirnos del poder seductor y embaucador de la mentira. (...) Sólo entonces, una vez que se ha recuperado una cierta esperanza de supervivencia espiritual, cabe comenzar a pensar en el perdón y la reconciliación como una posibilidad real’.²⁵ La importancia del relato basado en la verdad afecta tanto al agresor como al agredido, y ambos lo viven como una liberación. Ambos

²² Hay doscientos vídeos sobre las sesiones de las Comisiones de la Verdad y la Reconciliación en Sudáfrica colgados en Internet. Cf. *YouTube: “The Truth and Reconciliation Commission (TRC) (South Africa)”*.

²³ Cf. T. G. PHELPS, *Shattered Voices. Language, Violence and the Work of Truth Commissions*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia (Pennsylvania) 2004; ID., *Después de la violencia y opresión: las comisiones de la verdad y sus consecuencias en América Latina*, Sistema Universitario Jesuita, León (Guanajuato, México) 2007.

²⁴ Nebel se refiere en realidad a la justicia *restaurativa*.

²⁵ R. J. SCHREITER, *Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio*, Sal Terrae, Santander 1998, 59.

estaban atrapados en el relato basado en la mentira; ambos experimentan ahora la liberación a través del relato basado en la verdad”²⁶

Un proceso de paz, seguido de un proceso de reconciliación, que no incorpore la restauración de la palabra oprimida, del relato oculto por la mentira, sería un proceso incompleto e injusto. Las víctimas han de tener la posibilidad de contar su historia, de narrar lo vivido, y a ser posible han de poder hacerlo ante sus verdugos, a quienes no se les debería consentir recuperar la normalidad social sin haber pasado por este proceso de justicia restaurativa. Los diálogos de Glencree (Irlanda) entre víctimas de ETA y víctimas de los GAL y grupos de extrema derecha han sido muy interesantes en el País Vasco,²⁷ promovidos, entre otros, por el profesor de la Universidad de Deusto, Galo Bilbao, ponente invitado en este V Congreso de Teología de Granada.

No solo se puede, y se debe, compartir la palabra. También se puede compartir el silencio.

“El silencio activo tiene un poder extraordinario. Un puñado de madres y abuelas de desaparecidos, de pie en silencio durante horas frente al Palacio de la Moneda, eso una y otra vez, durante años, acabó con la dictadura argentina. Un flacucho hombrecillo, Mahatma Gandhi, con más silencios que palabras, acabó con el dominio del imperio británico en India. Familiares de las víctimas de las dos partes de un conflicto nacional que se juntaran regularmente para orar unidas en silencio: eso tendría más fuerza que varios encuentros en la cumbre”.²⁸

Así como en la música los silencios son tan importantes como las notas, así también en los procesos históricos de paz y reconciliación los silencios son tan elocuentes como las palabras. Por ello hay que dejar espacio y tiempo al silencio, para que este pueda expresar aquello que las palabras quizás nunca lleguen a comunicar.

Cuando todo esto haya ocurrido, se podrán dar por concluidos tanto el proceso de paz como el de reconciliación tras un conflicto violento.

²⁶ J. SOLS, “El pensamiento de Ellacuría en torno a la reconciliación”, *op. cit.*, 75-76.

²⁷ ID., “Euskadi renace en Glencree”, *La Vanguardia*, Barcelona, 27 de enero de 2015, 19; Documental “Glencree”: <<http://paulrios.net/tag/glencree/>>.

²⁸ ID., “El pensamiento de Ellacuría en torno a la reconciliación”, *op. cit.*, 76.